

hombre ha cesado de reinar y tan solo los elementos en su grandeza nos inspiran con admiración. El mar, el cielo, y las montañas apartan nuestras miradas, de la ciudad dos veces destruida y cuyos escasos restos solo muestran á la posteridad su antigua grandeza. Nuestro guía nos condujo primero á las ruinas del templo de Neptuno.

Estas consisten solamente de cuatro ó cinco columnas, las que son magestuosas aun en su decadencia. Dos de estas están unidas por un trozo de piedra horizontal. De entre estas, hay una que amenaza una ruina próxima, pues desde la parte baja falta un gran pedazo y ha sido unido con piedras pequeñas y mezcla.

Si este templo estuviese en Francia ó en Inglaterra hubiera sido cubierto con un capelo por el arqueólogo; pues adonde hay escasas se le dá valor á lo que posee, pero cuando sucede como aquí que hay una superabundancia, apenas se le hace aprecio á las cosas.

Las preciosas jarras de Etrusco se compran aquí por una friolera, aunque entre nosotros se les considera como joyas solo dignas de un museo. No desperdiicé la oportunidad de hacerme de algunos de estos jarrones tan hermosamente trabajados. Tras las ruinas del templo de Nep-

tuno el terreno comenzó á elevarse. Podíamos ir á caballo por fuera de la ciudad á las ruinas de Acro-Corinto.

Todo lo que nos rodeaba estaba desierto con excepción de un gran higuero que daba sombra á un hermoso pozo turco, en cuyas piedras habia esculpidos algunos versos del *Óran*. Una morisca de cuerpo delgado llenaba allí su tarro de agua. El Dr. H. nos dijo que unos cuantos de estos hijos del ecuador se habian quedado desde la época de Ibrahim Pachá, aunque la mayor parte habian sido víctimas del furor de los fanáticos griegos.

En Corinto particularmente tuvieron lugar las escenas de crueldad las más horribles—los musulmanes degollaron á los indefensos, y en pago los griegos victoriosos los asesinaron á ellos.

Desde el pozo el camino continuaba á ser más escarpado, y presto nos vimos trepando las grandes rocas de las escabrosas alturas. Por algunos momentos la ciudad desapareció de nuestra vista, y por la parte del Sur apercibimos la extraordinaria fortaleza de piedra que se halla á la entrada de la escarpada. Pozos, torres, y baterías todo está plantado con un genio atrevido y práctico, sobre una roca aislada y extensa, unas de tantas de esas obras útiles del domi-

nio Veneciano. Nos desmontamos frente á la puerta que en una época fué tan tremenda, y conducimos á nuestros caballos de la brida el resto del camino. Llamamos á la oscura y grande puerta, la que nos fué abierta por dentro, por un husar griego de a pecho vivo. Pasamos por un arco oscuro ante el cual se desprendía un rastri- llo, hasta una casa que ahora sirve como de residencia á la guarnicion. Esta se compone de diez ó doce hombres infelices, que de acuerdo con la idea del país se les llama soldados.

Frente al cuartel habia seis ó siete cañones venecianos sin cureñas. Acro-Corinto está erigido de una manera irregular por la parte mas plana de las rocas, cuyas orillas están circundadas por una muralla, que de punto á punto, tiene unas torrecillas.

Pedazos rotos de roca, grandes montones de piedras, paredes de pequeñas casas, algunos cañones, huesos de hombres y de animales, todo esto yace tendido en la mayor confusion, uno sobre otro.

Algun esfuerzo al orden, ó á tener un camino pasadero no se sueña. En uno de tantos de los rezagos de las rocas cerca de la entrada, encontramos la mayor parte de las casas en ruinas, y en medio de estas una capilla chica de donde sobresalian unos pequeños higueros. En estas ohozas

se refugiaron los habitantes de Corinto despues de que les tomaron la fortaleza los griegos á los turcos por vez primera.

El doctor H. me hizo notar dos plantas curiosas que crecian entre estas ruinas. Una de ellas es el venenoso pepino en forma de carrizo, cuya fruta al ser tocada arroja sus granos de semilla con tal fuerza, que el incauto al agacharse sobre ella puede perder la vista. Me cubrí los ojos y con el pié le dí á la calabaza y al momento oí la semilla que daba contra mi sombrero. La otra planta creció entre las piedras tenia unas hermosas hojas verde oscuras. Sus flores eran de un blanco puro, y estaban cubiertas de innumerables y hermosos estambres esta flor delicada exhalaba un aroma delicado. La fruta era larga; y se asemejaba á un pequeño y verde pepino; por dentro estaba llena de unas semillitas coloradas. Mas no obstante esto, ni la fruta ni la flor dan á la planta su importancia, sino los pequeñitos y verdes pimpollos, que bajo el nombre—el lector lo debe haber ya adivinado—de “alcaparras,” se encuentran en todas las mesas.

Tenia nos que subir un buen pedazo por la parte esterna de la muralla hasta que por fin, á la punta culminante contemplamos á la Grecia, como un mapa esparcido que yacia bajo de noso-

tros. Hacia la ciudad la oscura y estrecha faja del Istmo se esetndia entre dos de los cristalinos llanos alumbrados por el sol. Esta fecunda tira de tierra desgraciadamente no está habitada ni cultivada; y solo unos cuantos pinos abren la superficie de la tierra amarilla que yace allí como un tesoro sin uso.

Se habia formado un plan para colomizar con alemanes el Istmo, pero no llegó a tener efecto por falta de energía de parte del gobierno, y el odio de los griegos á los extranjeros. La industria alemana podia haber salvado el país por medio del cultivo, y las cuatrocientas familias que estaban llamadas á verificarlo podian haber mostrado á sus vecinos cuán feliz y rico era posible ser en semejante suelo.

La anchura del Istmo, siempre inconsiderable, parece más angosto cuando se le vé desde lo alto. En el lado más lejano del mar, precisamente por la playa, se elevan hacia el cielo las montañas de Rumelia y Livadia. En las rocas no hay vegetacion, pero el sol les dá color. Las montañas aparecen como los hombres avaros, ó nobles. Las alturas de Grecia se elevan como las formas nobles— como los antiguos héroes. Un Htelicon, un Libetrius, un Cythero, se presentan delante como fantasmas de una época gloriosa. En direc-

cion á Aténas y á Salamis la neblina nos impedió distinguir los objetos claramente. Por ese lado, vimos cerca á nosotros, á Lutreki pequeña colonia con el "dépot" de los vapores austriacos de Lloyd, y un hotel destinado á los pasajeros del buque. En la misma costa está Relamachi, adonde tambien se toman pasajeros en un vapor que va á Aténas.

Abajo de nosotros estaba Corinto, ménos espantoso y mas agradable cuando se le contempla desde esta altura. Se echan de ver varias torres, con las que habian cercado los turcos la ciudad. El terreno se hunde gradualmente hacia la ciudad, á la que puede llegarse en cosa de media hora. De las rocas de Acro-Corinto hay un llano en lo que cabe grande, y cubierto de viñas, mientras que desde la montaña hasta la Morea se estiende un bosque de olivos por casi una legua, cuyos frutos dá á los diversos propietarios una renta anual de 50,000 *thalers*.

Los árboles de este bosque se encuentran á ciertas distancias los unos de los otros, y en su elevacion y forma se asemejan á unos grandes sauces. Su color aumenta acorde con el cultivo que se les dá, los mejor cuidados tienen un tinte mas oscuro; en Dalmacia, como en Ragusa,

la hoja es de un color azul oscuro. El llano que esta á la vista va á dar por una vereda angosta y escabrosa por donde esta el camino vá á Nauplia lindado por un rio. Aquí se tenia un vislumbre del interior de la Morea, que nos mostraba estupendas montañas de un estilo salvaje. La impresion que hacia el panorama era agradable y elevaba. Por rara parte podia trazarse la mano del hombre; la Morea muy en particular parecia un país que habia sido explorado aun que no habia sido esclavizado por el hombre.

Como que nuestro tiempo era muy limitado, y el camino á Naupila largo, nos vimos obligados á abandonar muy pronto este rico paisaje, volviéndonos al otro lado de la puerta de la entrada. Este camino nos condujo por donde habia un pozo tapado en las rocas, y lleno de excelente agua la que abunda mucho en Corinto. Pasamos por un cuartel pequeño, adonde una ocasion estuvieron acuartelados los bávaros; y exceptuando esto no vimos sino rocas. Unos cuantos soldados vagaban por allí, y tenian unos uniformes horribles. El griego con su traje nacional, y el griego con el uniforme extranjero, están tan distantes como el cielo y la tierra,—tan altivo, tan esbelto, y gracioso como parece con su «fustanella» y su «fez»; apa-

rece insignificante y despreciable con el uniforme de los extanjeros.

Por la misma puerta por donde habiamos entrado abandonamos el fuerte que los griegos les habian quitado á los turcos solo mediante la astucia. Es una lástima que la grande obra de los venecianos se esté viniendo abajo. Las paredes se están partiendo en pedazos, y la mayor parte de los cañones, ornados con el altivo leon de San Marcos, se á acuñado en dinero, por ó iden del gobierno. Frente á Acro-Corinto, y entre las montañas de la Morea, se desprende otra roca, y en su cima se halla el castillo de forma oblonga perteneciente á la familia N. Bajamos á pié por la parte mas empinada del camino, y no volvimos á montarnos en nuestros caballos sino hasta cerca del pozo turco. Al regresar á la casa de N. nos encontramos con el Cronista y con el profesor G.; quienes se habian quedado en la poblacion á causa de su mucho cansancio. Habian ido á visitar sus curiosidades y tenian tanto que contar sobre ellas, que mi hermano el doctor F., y yo nos resolvimos á verlas—tan pronto como nos fué posible.

El Dr. H. nos condujo por unos escalones, cortados en la roca en forma de semicírculo, y uno ó dos brazas de profundidad. Debajo de esta pro-

y ección se halla la afamada gruta de Afrodite. En medio de esta gruta echamos de ver una pequeña abertura, de donde nace una corriente de la agua la más fresca; esta corriente de allí se abre camino por una cavidad en la roca y se esparce á través de los campos.

En el riachuelo las místicas sacerdotizas de Vénus solian bañarse; su templo descansaba precisamente arriba de este arrecife de peñas. Todo griego de celebridad, pero especialmente los generales, estaban obligados á colocar á una doncella, como sacerdotiza en este templo. En el interior de la gruta esparcía la agua fresca una temperatura deliciosa que junta con la suave enramada formaba una armonía encantadora. El piso estaba cubierto con la más fina arenilla, y de todas las hendiduras de las rocas nacia una yerba fresca.

Desde la altura adonde estaba en un tiempo el templo, se hunde el terreno insensiblemente de ambos lados y hace la forma de una herradura, de suerte que desde el campo el interior de la gruta no se podía ver, y solo podía gozarse de la vista del mar.

En la época de los turcos erigió un Pachá en el lugar adonde estaba el templo, un palacio con unos escalones que conducian al aposento subterráneo que se usaba como baño, ahora tanto el templo como

el baño han desaparecido ante la maldición de Dios desprendida sobre la pecaminosa población, y los jardines, los templos, y el teatro junto con los 3.000,000 de habitantes del antiguo Corinto, se han convertido en polvo y en cenizas. A nuestro regreso, la hermosa Eulalia estaba parada á la entrada de la puerta, y nos embelesó á todos con sus miradas. Nos despedimos de ella, le dimos las gracias por el recibimiento que nos había hecho, y montando nuestros caballos nos encaminamos hácia Nauplia.

El profesor G., no siguió nuestro ejemplo, creyendo que seria más fácil el ir á pié. Sin embargo, una vez fuera de la población, con ayuda de varios se subió al caballo, nosotros por otro lado sosteniendo que tan solo mostraba el deseo de andar, por tal de no verse obligado á tomar por asalto la silla á la vista de la novia de Corinto.

Era realmente mejor el que estuviésemos dejando el vecindario de Eulalia, pues la figura de esta divina mágica nos había afectado á todos profundamente. En esta ocasion íbamos acompañados de un mayor número de gendarmes, pues la peñascosa ciudad por donde teníamos que pasar, ofrecía fáciles escondites á los ladrones. Cuando llegamos á Nauplia oímos decir que la noche an

terior; una cuadrilla de diez y ocho personas habían sido atacadas y robadas en ese estrecho paso. Las cuadrillas de ladrones en Grecia son cosa ya conocida. Parece que la moralidad de los griegos no se eleva con las ideas de rey, madre patria, y amor fraternal. Su propio interés es el único Norte que los guía. Aun los matrimonios no son por amor, pero en los mas casos son pactos de conveniencia; y la reflexión de que se le está haciendo un mal á otro, desaparece ante el placer de llenarse las bolsas.

Presto habíamos atravesado el malo y peligroso camino que conduce por el llano de Corinto, y cuando llegamos al río, nos encontramos en un estrecho valle, del que no salimos sino hasta llegar á Nauplia. De vez en cuando el estéril camino se animaba con grupos de pinos y matorrales de acáñes que crecían en los cauces de los ríos, fácilmente comprendíamos de que manera y tras esas rocas, estas innumerables subidas y bajadas podían los ladrones poner en juego su oficio de la manera mas cómoda. La mas pequeña cuadrilla nos podía haber caído sobre la retaguardia, y si hubiera sido necesario, habérsedesaparecido sin dejar ni rastro.

Al principio, á este camino solo podía compararse con los Karstes. De tiempo en tiempo

encontramos piquetes de la milicia estacionados para nuestra protección; de estos contamos siete. Estas buenas gentes estaban vestidas muy pobremente con el traje nacional, armados con grandes mosquetes, inspiraban tan poca confianza, que tomamos al primer piquete, por los mismos ladrones.

Desgraciadamente no conocimos á ninguno de estos bandoleros, aunque muchos pueden haberse deslizado junto á nosotros; pero los gendarmes les echaron á perder sus planes. A ninguno de nosotros nos hubiera dado cuidado un leve encuentro, con tal que no hubiera dado resultados serios. Para indemnización nuestra, cinco grandes águilas andaban volando sobre nuestras cabezas, y dos de ellas, fueron tan condescendientes al grado de acercársenos tanto que les podíamos contar pluma por pluma. Estos eran los habitantes más apropósito de este desierto peligroso. Esperábamos que nos fuese posible el hacer uso de nuestras escopetas (las que habíamos cargado todo el viaje) en uno de estos príncipes del aire, pero ántes de que pudiésemos echar mano de ellas, estas huían fuera de tiro.

El calor se habia hecho tan insoportable que me ví obligado á apagar la sed en un riachuelo

estancado de un molino. Los sitios que le rodeaban eran hermosos, pero el agua estaba salobre y lodosa. Al fin el estrecho valle se abrió, y el camino tomaba un ligero declive arriba de las montañas. Me vino á la memoria patentemente nuestro país Alpino, particularmente cerca de los húmedos campos de Gasteivo, pero tan solo en el lugar adonde cesa la vegetacion y terminan las frescas praderas.

En este lugar fué donde nos encontramos con una manada de cabras salvajes cuyos largos y negros pelotes, semejantes á los de un "King Charles" estaban matizados de negro y castaño. Valdría la pena introducir en nuestro país esta hermosa raza.

Hácia el fin del valle tomamos nuestro almuerzo en la casa de uno de los jendarmes que estaba cerca de una capilla. Estos hombres desgraciados, mandados por un sargento, solo se les releva cada seis meses—que parecen una eternidad en estos páramos! La mayor parte de estas gentes han tenido la fiebre, el sargento un jóven agradable y bien parecido, debe haber sufrido fuertemente con ella. Nos recibió con gran cortesía, y deseaba mucho el hacernos entender, lo que sin embargo, no le fué posible. Su goce fué grande cuando el cronista K. con ayuda del an-

tiguo idioma griego, leyó y tradujo el reglamento que estaba escrito en la pared. Su aposento en donde almorzamos, estaba adornado con una variedad de grabados en madera y acero, lo que probaba que el dueño tenia conocimientos literarios.

La capilla que estaba cerca de la casa, consistia como toda pequeña iglesia griega, de cuatro murallas desnudas y cuadradas, de cuatro á cinco piés de altura, por la cual habia abierto un especie de agujero como de puerta. De un lado hay una caja pequeña sobre una piedra pintada con asuntos sagrados, y que sirve como de alcancía para la limosna. Debe haber entre esta gente bandolera muchísima reverencia á la religion para impedirles el que echen mano á cosa de tanto valor, que no estaba asegurada á la piedra ni siquiera por una simple cadenilla.

Despues de un descanso de cerca de una hora, la emprendimos de nuevo. Ante nosotros teniamos una cadena de montañas elevadas. Nuestro valle se habia angostado de nuevo en un paso, y á la derecha del rio por todas partes yacian esparcidos peñascos escabrosos. No les faltaba del todo vegetacion, de suerte que, aunque la perspectiva era salvaje, no era totalmente desolada.

El arroyo que por tanta distancia habíamos seguido, se nos apareció en las cercanías del molino, para brotar de la tierra, cuyo sitio bien abastecido de agua como un "oasis" en el desierto, florecía con el espeso follaje del granado, del higuero, de las viñas y de las altas cañas.

Por el molino un número de riachuelos tenían un manantial. Los olivos dejaban con sus sombrías testas, y unos polluelos picoteaban con tison el fructífero suelo. Tan sombrío y tan meridional que nos parecía todo esto que nos compensaba el pedregozo camino. Nos refrescamos con una agua excelente, y abandonamos este "benigno oasis" el cual estaba rodeado de casas destruidas durante la guerra de independencia. Este estrecho paso fué escena de una carnicería espantosa. Miles de turcos cayeron aquí bajo el sable vengador de los griegos.

En nuestro camino había una fijeza que conducía á las montañas; el arroyo que tenía su nacimiento en el molino, fluye al mar en Lepanto, nosotros ahora seguíamos otro, adornado hermosamente por arbustos, estas aguas se derraman en el golfo de Nauplia. Cruzamos este unas veinte veces, lo que prueba la estrechez del cauce. La vegetación la más exuberante rodeaba á este río, y cerca de su manantial todas las huellas de

la perspectiva salvaje y peñascosa se desapareció. Nosotros, riéndonos le llamamos el baño del Anfitrión, porque abundaban en él las ranas y las tortugas. Estas llegaron á ser especialmente numerosas, á donde el paso de nuevo se ensanchó en un valle y se extendió de cada lado un tejido de matorrales.

Quando le pregunté á Demetry por qué la gente no hacía uso de estos animales como alimento, me dijo que era porque se les tenía por cosa sagrada. Los ingleses sin embargo, no dejan por esta creencia, de cargar sus buques con éstos animales, y llevarselos á la vieja Inglaterra como preparación para la delicada sopa de tortuga. — Como que estos animales pueden vivir por un mes sin alimento, se les tiene sin comer durante el viaje. Nosotros nos llevamos algunas; las más pequeñas no eran más grandes que la palma de la mano, pero las más grandes tenían más de un pie de diámetro. No era muy fácil el agarrarlas, pues no obstante su pesada forma, pueden correr con bastante violencia.

El valle se prolongó por varias millas, hasta que á cosa de las cuatro, ya que estábamos muy fatigados, vimos una perspectiva encantadora. Era una tarde hermosa y refrescada por las brisas. El sol brillaba en el Éter azul, y arrojaba sombras



claras sobre el llano de Napoli di Romania, el que tambien brillaba con resplandecientes colores. La cadena de montañas, que circundan el valle, se desprenden á la izquierda con unos contornos artísticos, hasta el trasparente espejo del golfo, que termina en las exquisitamente formadas Palamides que se elevan cerca de la ciudad marina de Nauplia.

Cada porcion de esta altura coronada se destacaba distintamente del azulado fondo, y estaba cubierta de casas y de grandes árboles, sobre los cuales travesaba una hermosa luz. Precisamente frente á nosotros se esparcia un fructífero valle, que nos traia á la memoria los campos de Lombardia. —Arboles, viñas y campos, se hallaban mezclados aquí en la más preciosa confusion. A la derecha se alzaba el orgulloso Argos, cuyo formidable castillo descansaba sobre una roca cerca de la cordillera de montañas.

La ciudad de Argos yace al pié. De ese lado del golfo habia una cadena de cerros á la distancia, cuyas prominencias formaban el cabo de St. Angelo y el cabo Mytapae. A nuestros piés teniamos la montaña de Mpcene, la antigua residencia de Agamemnon; ahora no es más que un pequeño lugar en ruinas sobre un precipicio salvaje. Una roca oculta la cueva adonde se dice

estar enterrado el hijo de Atrides; desgraciadamente no la pudimos visitar, por que la distancia á Nauplia era muy grande.

En una casa que estaba al principio del llano el que teniamos ahora delante, nos encontramos como agradable sorpresa, con el cónsul de Austria, el que nos dijo que nos habia estado esperando por veintiocho horas, con varios carruajes y habia comensado á temer, que nosotros, lo mismo que nuestros diez y ocho predecesores, habiamos sido atacados por los ladrones. Este individuo era de orí gen italiano; llevaba un frac azul de gran parada, en la cabeza tenia una de esas cachuchas que usan los oficiales de marina, pero con una visera de cuero monstruosa.

Sus extraordinarias gesticulaciones revelaban su nacionalidad y se corroboraba esto por un maravilloso dón de la palabra. Despues supimos que además del empleo de cónsul, tambien ejercia como médico. Siempre le viviré agradecido por la atencion que tuvo en traernos las carretelas, pues aunque nos vimos obligados á saltar de arriba abajo sobre troncos y piedras, era un gran consuelo el poder ir en coche, despues de las malas sillas y del cansado paseo á caballo. Estábamos de un humor excelente, y nos divertimos riéndonos